



MERCADO NUESTRA SEÑORA DE ÁFRICA. SANTA CRUZ DE TENERIFE

El alma mendiga del especiero

EDURNE KOCH

Entre las casas grises de una noche, la sombra de un hombre barría las esquinas con ardua esperanza para su día... aún sin empezar. Aún creía escuchar las palabras de su madre: “El hombre que camina entre las sombras de un silencio pasado busca los sabores de la vida y sólo sabe fundir su huella entre lo encontrado reconociendo sus sentidos, sus colores o sus sabores, busca niño, busca, y dime que al fin tienes el alma henchida de amor...”.

“Maldita vieja, maldita tontería” murmuró nuestro amigo mientras manoseaba un mendrugo de pan aún comestible.

El día no comenzaba fácil y a el qué le importaba..., sus pasos y sus palabras dolidas le llevaron hasta la esquina de un bar, el bar del mercado... El mendigo atrajo una vez más ante sí las miradas de las gentes y de algún cambuyonero que sacaba entre las faldas de sus abrigos dudosos artículos que a buen seguro ni tenían precio ni procedencia.

–Un barraquito y dele algo de tono, que la mañana es fría y aún no se sabe lo que a uno le puede esperar del día.

El camarero le miro desde un guiño de cejas pobladas, pero aún así y con la amabilidad que les caracteriza a los isleños, preparó el barraquito, aunque antes y sin ser visto por su jefe, lo cargó con algo de coñac... ¡eso no hacía mal a nadie!

En el bar solo se veían dos personas, algunas cargaban sus bolsas ya listas con las compras.

Una mujer miró a nuestro amigo y le hizo un guiño desde la sombra añil de sus párpados; él le lanzó un beso diciendo:



–Hermosa mañana para una hermosa dama, pero lo siento, ni tengo dinero ni tengo ganas.

Ella se dio la vuelta ofendida y él dio un último trago marchándose del local. Con singular elegancia atusó su abrigo y traspasó el pórtico de Nuestra Señora de África. Una vez más la voz de su madre le hizo pararse y sentir sus palabras, ahora cargadas de olores ante semejante beso de flores.

“Veras mi niño que los días sin colores tienen la suerte de alfombrar tu paso con olores, a veces los rojos tienen el sabor de los pétalos aún vírgenes y que el naranja es la luz que puede apiñarse sobre tus mejillas y decirte que eres bello, no tengas miedo de la luz, no tengas miedo de la brisa, aquella que verde, azul o amarilla te mesa los cabellos para decirte que el mundo aún vibra, no tengas miedo mi niño y deja que al menos el olor de esos momentos sea el perfume del día...”.

Nuestro amigo despertó de los pensamientos de su madre ...

–“¡Eh, eh! dónde cree que va tan rápido, ¿quiere comprar algo mi niño? o piensa dedicarse a contemplarlo todo como si nada? ¡Mire lo abiertas que están estas rosas, seguro que nunca las ha visto tan lindas..., son baratas, para su novia!”

Los ojos de nuestro amigo despertaron y su mirada se iluminó, no por las palabras de la mujer, sino por el patio abierto del mercado dónde a buen seguro algún dios había mandado un trozo de cielo para que sirviera como telón de entrada. Cohibido por la belleza se sentó discreto en un banco y se puso a liar un cigarrillo, el manoseo del papel le trajo recuerdos de un antiguo amigo de la península que siempre le decía: “a veces las mujeres le pueden traer a uno disgustos o placeres que sólo el campo en un día de siega se les parece”, menuda tontería de recuerdo, pero el olor a maíz tostado le despertó el hambre y decidió ir en busca de algo para comer.

“La suerte no existe, apenas sabe asomarse por las esquinas cuando desaparece, tímida como una dama”. Nuestro amigo recordaba las palabras que su madre le decía mientras le acariciaba, él con la cabeza escondida entre los pliegues de su falda, con el calor de una farolilla roja, si parpadeaba..., él corría al otro lado de la casa.

Un olor penetrante a queso le hizo pararse ante el puesto dónde una mujer cortaba con avidez los quesos que los clientes encargaban.

–Dame un poquito de ese, el de Tacoronte, el ahumado. y sí..., corte por ahí un trocito del fresco, el de Güimar, ¡eh! no te pases, Candelaria que el día amanece sólo para los ricos, venga y dame para terminar uno bien seco que a Alberto le gusta terminar con vino tinto y esto lo empuja mejor...

Unas risas siguieron este comentario –¿Empuja? mucho ha de empujar..., así que te corto algo más...”.

–Candelaria, no tienes remedio, anda cóbrate esto que tengo prisa...

Nuestro amigo clavó su mirada en la cintura desbordada de Candelaria y observó como su delantal cimbreaba el culo como el suave manto de una cama aún deshecha.

Ella, sintiendo su mirada, la mantuvo cortándole un trocito generoso de queso, dándole en mano y diciéndole con picardía: –Señor, acerque la nariz, bese su interior ahora que nadie nos mira y sepa como es el olor de una hembra–.

Él se asustó, ella rió una carcajada y media de dientes y todo el corazón convaleciente. Engulló el queso y dejó que el vino entrara, discreto, insinuante y uhhh!...brillante.

El calor del queso y el vino envió a nuestro amigo hacia el exterior, quizá con el miedo de que Candelaria quisiera cortar algo más que el queso, porque nuestro amigo era tímido y eso de que le entren a uno tan directamente, bueno, no es su sueño ser conquistado... ¿o quizás sí?

Su paso le hizo tropezar con un hombre taciturno que golpeó molesto su chaqueta tanteando el miedo a perder su cartera. Los ojos de nuestro amigo le hicieron confiar y con un saludo prosiguió su camino; una niña con los ojos enlatados en azul miraba el puesto de dulces; tras el mostrador, dos mujeres llenaban las bolsas de plástico con roscas, empredados y bizcochos con una azúcar blanca que caía como nieve falsa sobre el mármol; la niña quieta, como en un recortable, continuaba a la espera.

El suspiro de la tendera levantó una nube blanca y alargándole con desaire una rosquilla, la niña recortable se dio la vuelta perdiéndose entre los pasillos multicolores de los puestos.

A pocos metros de allí y en el otro ala de la galería una mujer lloraba tras su puesto de pescado, sentada en la esquina, y con un cubo entre las piernas limpiaba lapas con una desconsolada fuerza que indicaba la rabia que llevaba dentro.

“Ella se había asomado al balcón como todas las noches, un aroma de damas de noche y Heno de Pravia le garantizaba la ausencia de olor a pescado en su piel; el freno masculino de un coche la sacó de su letargo..., cerró la luz, me dio las buenas noches y desapareció tras la estela roja del pasillo... ¡hasta mañana ,mamá!”

La pescadera seguía limpiando las lapas con rabia, arrancando con fuerza los pelajos que se incrustaban a la lapa mientras pensaba para sus adentros:

–Maldito el momento que le abrí...-. Lucas entró en la habitación dejando caer un beso, ella notó que había bebido y le ofreció otro trago:

–¿Un coñac, mi amor?

–Dame una cerveza, que estoy seco.

Él se tragó la cerveza con un eructo de acompañamiento...–¡que encanto!–.





“Me recordaba a una vieja , si hubiera podido le hubiera arrancado el pellejo, este tipo de merluzo no merece ni dorarle la piel en la sartén, igual que a él”

Al acercarme, él mandó cinco dedos sobre mis nalgas y yo, tonta de mí, me volví emocionada creyendo oír la palabra amor entre sus dedos.

Me fui a sentarme sobre sus rodilla pero el me apartó con un gesto cansado y tras dar otro trago de cerveza...me soltó:

–¡No puedo seguir viéndote, no te quiero, siempre hueles a pescado! He conocido a una mujer que huele a rosas..., trabaja en una perfumería!

Sin mediar otro gesto se levantó y atravesó la puerta.

Sus pensamientos la llevaron a alcanzar un cuchillo y con admirable destreza y en sólo unos segundos abrió un Cherne , le quitó los ojos, le dio un buen corte a la espalda dejando que un frío chorro de agua arrastrase la sangre como si fueran sus propias lagrimas.

¡Fin del encargo!. Un trozo de papel estraza y todo terminado...

La pescadera apenas reparó en nuestro amigo que se dedicaba a perseguir a todas las mujeres que zigzanteas llevaban sus bolsas cargadas de compra .

–¡Bellas damas , no pueden ir ustedes tan cargadas , sus manos merecen otro trabajo , déjenme que les lleve las bolsas , no será nada...!

Unas risas blancas, amarillas , naranjas y con un vuelo de sedas huyeron de sus palabras; nuestro amigo, divertido, apenas reparó en la figura gris que tras él se había colocado, al darse la vuelta, una hiriente nariz repleta de pelos como un coco, le hizo retroceder.

–Amigo, mándese mudar– ordenó el segurata.

Nuestro amigo, que ya estaba muy acostumbrado a estas situaciones, giró sobre si mismo y aceleró el paso mientras escuchaba al pasar por un puesto de dulces:

–¡Muyer, ya sabe usted que hasta el martes no hay quesadillas, el señor del Hierro sólo las trae ese día”.

–¿Entonces, no tiene quesadillas?

–No...

–¿Y para cuándo las tendrá?

El paso de la mañana hizo que nuestro amigo abandonase el mercado de Nuestra Señora de África, y cansado se dirigió hacia un banco dónde un hombre de aspecto rudo descansaba...; un soplo de aire le suavizó el rictus y la voz de su madre le contó

“...Entre tragos de vino y hiel, prefiero el vino, al menos te calienta el alma, la hiel sólo te hiela el espíritu, y que mejor espíritu que el vino de su tierra!...”

El hombre del banco se dirigió a nuestro amigo:

–¡Amigo, véngase de guachinche conmigo, usted está sólo y los caminos se han de hacer acompañados!



Las cejas del desconocido marcaron una recta clara y firme y por eso decidió ir con él. Una mano firme y cargadita de nudos les presento:

–Me llamo Don Diego, soy de La Orotava, venga y cñíase unos vinos conmigo que nos vamos de guachinche.

Cogimos el Camino Real de La Orotava y allá en la Cruz del Camino entramos en una venta (a mí me lo pareció), no había cartel, apenas 20 bancos de madera y tras un mostrador, Doña Albertina dispuesta a servirnos su buen vino.

Aún cohibido por la gentileza de Don Diego, cual fue mi estupor cuando pidió a voz en grito: ¡una tapa de chochos! (¡que son como los altramuces!).

Don Diego rió con malicia ante mi gesto de vergüenza y empujó un vino más en su garganta, nos fuimos animando y me contó que llevaba una librería, vieja, ruin y húmeda..., allá por Tacoronte.

–Apenas la gente lee pero yo al menos puedo contar historias, posiblemente hasta la de usted, amigo viejo, que cuando le vi paseando entre los puestos del mercado, sin choso (hogar) ni amor que le caliente.

Nuestro amigo le miró afirmativo y casi se da la vuelta para marcharse y no molestar cuando Don Diego le agarró del brazo indicándole:

–Chacho (muchacho) si crees que esto se ha terminado, olvídate, el guachinche sigue.

Agarrado por el brazo de Don Diego continuaron el camino cerca de La Cruz del Camino, en La Matanza y allí entraron en Casa Pancho (este sí tenía cartel) –Pancho márchate unas codornices...

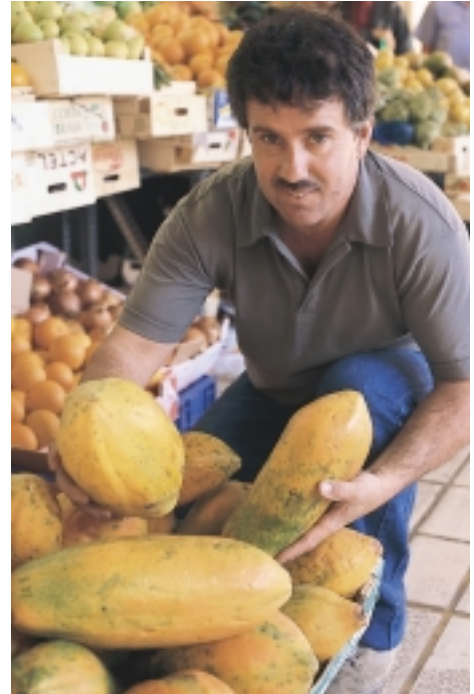
La tarde se alargó con el vino de Don Pancho, las mejillas de nuestro amigo ya no tenían el color gris de la mañana y sonriente por el influjo del vino consiguió murmurar:

–Mi madre me decía “el hombre que camina entre las sombras de un silencioso pasado busca sabores de la vida”, que razón tenía la vieja...

Su propio eco le reconoció el cansancio y despidiéndose a duras penas de Don Diego marchó en busca de un lugar dónde dormir, una pequeña choza y un saco le invito a quedarse y nuestro feliz amigo dejó que los sueños del día le trasladaran hasta el delantal de la quesera... ¡uhmm!... creyendo oler entre sus pliegos algo de deseo. Durmió.

Aquella mañana se levantó con la sensación de tener una pequeña losa en la cabeza y tras sacudirse el abrigo se lanzó de nuevo al camino; en la vereda crecían fresas silvestres que como pequeños botones rojos se confundían con la maleza; nuestro amigo comió algunas de ellas fundiendo en su boca algo parecido a besos robados de cuando era niño.

–¿Qué habrá sido de Renata? Aún me acuerdo de los besos que a escondidas nos dábamos en el patio del colegio, siempre me supieron a fresa.



El corazón de nuestro amigo estaba hoy lleno de sentimientos, su rostro brillaba de forma especial, a su paso la brisa peinaba su cabello y el leve rumor de los coches apenas acallaba el latido de su paso. Se encontró de nuevo ante el Mercado de Nuestra Señora de África.

Hoy los colores eran más brillantes o eso al menos le parecía a él. Ante el puesto de frutas se enfrentó a un desmayo de colores y el olor le hizo temblar, ahora sabía porque estaba en el mercado, supo que buscaba los sabores de la vida, en la frutería y ante una papaya abierta, se ruborizó al meter la mano y sentir que sus entrañas, como hilos mordaces, amante y vivos le enredaban.

El aleteo de la tendera le hizo volver en sí y comprar una naranja que rodó hasta su bolsillo.

–No me dé nada, es su día de suerte. ●

EDURNE KOCH
PERIODISTA

VOCABULARIO

Cambuyonero : era el que en la época de los mercantes vendía en la calle productos como vodka, caviar, etc.

Barraquito: Es una especie de café cortado con leche condensada, un poco de licor , limón y canela y un además un poquito de leche natural.

La vieja: Un tipo de pescado , exquisito y popular.

Cherne: Más de lo mismo.

Guachinche: Casas de comidas, se sitúan en casas familiares, en los bajos, son humildes y destacan porque todo es producción propia, desde el vino hasta los alimentos.

Choso: la casa.

Chocho: Así se denomina a los altramuces.



MERCADO NUESTRA SEÑORA DE ÁFRICA. SANTA CRUZ DE TENERIFE

El Mercado de Nuestra Señora de África, inaugurado en 1944, tiene un diseño de estilo colonial, con tres grandes patios, uno central y dos laterales, una torre mudéjar y un arco de entrada.

Está gestionado desde 1995 por la Cooperativa de Servicios Mercado de Nuestra Señora de África, formada por los propios comerciantes, que ha abordado durante los últimos años un ambicioso plan de mejora y modernización, introduciendo nuevos servicios, mejorando los existentes, embelleciendo las instalaciones, creando nuevos accesos, etc. Asimismo, se ha realizado un esfuerzo para concienciar al comerciante de la necesidad de acondicionar sus puestos, de mejorar la exposición y presentación de la mercancía, de adecuar su aspecto estético, de cuidar el trato con el cliente, etc.

Otra de las novedades es la apertura en los domingos, que en la actualidad son ya el segundo mejor día de la semana en afluencia de público y ventas; a lo que contribuye la proximidad de "El Rastro".

La oferta comercial del Mercado se ha visto reforzada también por la puesta en marcha de un Centro Comercial anexo, con boutiques de moda, zapaterías, menaje, peluquería, joyería, fotografía, música, electrónica, informática, restaurantes, cafeterías, servicios, etc.